

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA,

CON LA

aprobacion eclesiástica,

y bajo la direccien

DE

E. Lozano de Vilchez.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, seccion doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instruccion religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los dias 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES,

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisicion de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, y que se expenden en todos los estancos; admitiéndose tambien los pagos en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

14 de Setiembre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 18.

SUMARIO.

La ciencia más cierta.—Calvario y redencion, cartas de tres hermanos.—El cautivo de Argel, poesía.—La flor del cielo, novela.—Seccion doctrinal, La senda del cielo.

LA CIENCIA MÁS CIERTA.

POR MDA. MATILDE BOURDON.

IX.

EL FIN CORONA LA OBRA.

Tres años habian trascurrido desde la partida de José, tres años que habian parecido siglos, tres años de largos dias llenos de ansiedad, de melancolía y zozobras. Para Manuel, como para la mayor parte de los hombres, la vida iba haciéndose de cada vez mas triste y sombría: el

camino perdía sus atractivos conforme iba aproximándose al término; porque parece que, por particular disposicion, la Providencia reserva para la juventud los encantos y las ilusiones, sin duda para que no parezca tan larga y árida la carrera que debe recorrer el joven; al paso que destina á la edad madura los cuidados, y á la vejez el aislamiento y los achaques, á fin de hacer desear mas ardientemente al pobre viajero el eterno descanso que le está preparado. Manuel estaba sujeto á la ley comun; reveses de fortuna, rudos trabajos, duras privaciones, separacion de los seres mas queridos por la muerte ó la ausencia, tal era la carga que pesaba sobre sus hombros; habia habido de aceptar las ordinarias condiciones inherentes á la vida humana, y cada dia que pasaba su corazon se desapegaba mas de esta tierra de tribulaciones,

de este valle de lágrimas, para suspirar con mas ardor por el cielo dichosa mansion del amor de la vida y de la felicidad. Nada venia á interrumpir la monotonía de esos largos dias sino las cartas que con regular frecuencia recibian de su hijo; pues José daba cuenta á sus padres de sus pensamientos, relaciones, disgustos y prosperidades. ¡Qué alegría en la granja cuando llegaba una carta como la siguiente;

«Metz, 9 de noviembre de 1840,

«Queridos padres: Acaban de trasladarnos de guarnicion á esta, y aprovecho la primera ocasion para escribirles. Me gusta mucho mas estar aquí que en Colmar, porque en esta ciudad hay una institucion muy buena para los soldados, y me he apresurado á aprovecharme de los beneficios que reportamos de ella. Algunos señores de la ciudad han hecho disponer un gran local, donde podemos reunirnos todas las noches; y en él encontramos fuego, luz, tinta, papel y plumas. Los señores dan lecciones de lectura, escritura y cálculo á los jóvenes que lo necesitan; y algunos nos enseñan la religion, la historia de nuestra patria, agricultura, química, etc. Vds. juzgarán si aprovecho con placer este medio de emplear fructuosamente las largas noches de invierno. Leo buenos libros, oigo cosas bellas y siempre estoy pensando en Vds., queridos padres. Uno de dichos señores tuvo la bondad de felicitarme por mi letra y por lo poco que sé; y yo le dije que todo lo debia á V., querido padre, educacion y principios. Entonces me dió la enhorabuena con efusion por ser hijo de tan buen padre, y desde aquel dia me habla con frecuencia de V. Veo que soy mas apreciado porque tengo unos padres apreciables, excelentes. No quiero omitir nada de lo que les interesa; así, pues, les digo que pienso ir á comulgar por Navidad, y no seré el único del regimiento, si Dios quiere. Todos los buenos sujetos son tambien buenos cristianos. El coronel esta satisfecho de mi conducta, y creo que á la primera promocion será ascendido á sargento.

«Sin más por hoy, reciban, queridos padres, el estrecho abrazo de este su hijo que les quiere mucho y B. S. M.

José Merry.»

Estas cartas derramaban el consuelo y la alegría en el corazon de Manuel y de su esposa, porque les probaban que su hijo era siempre el mismo, honrado, piadoso y bueno. Seguros ya de su moralidad y virtud por una prueba de tres

años, hubieron de temer muy pronto por su vida, pues el regimiento en que servia José recibió la orden de pasar al Africa, y tomó parte en la primera y desastrosa expedicion de Constantina. Entonces se despertaron en el corazon de su madre terribles zozobras y angustias, que nada era capaz de calmar, ni aun las cartas más satisfactorias, porque dichas cartas llevaban quince dias de fecha, y en quince dias cuántas desgracias habian podido acumularse sobre la cabeza de su idolatrado hijo! Manuel participaba de los temores de su esposa; y mientras se esforzaba por consolarla en su pena, no se sentia él menos afligido, aunque tenia más confianza en Dios. La idea de los peligros que corria su hijo expuesto á las balas africanas le perseguia de dia y de noche; oraba sin cesar, á fin de que se elevase siempre una oracion como un escudo delante del pecho del joven soldado. Una noche que estaba todo absorto en estos pensamientos y repetia la salutacion angélica, oracion que desde la infancia habia tenido sin cesar en los labios, vió una claridad rojiza que, semejante á un meteoro, iluminaba las ventanas, y oyó el lúgubre toque de rebato. En pié al momento, Manuel corrió á la ventana; y de una ojeada, abrazó la campiña, y vió, á no poder dudar de ello, que el fuego devoraba la casa del carretero Mateo. Siempre habia dado Manuel en tales ocasiones inequívocas pruebas de celo, valor y abnegacion, pero en aquel momento vaciló..... Mateo, hombre de un carácter violento y de costumbres desarregladas, no era otro que el agresor bajo cuyos golpes habia sucumbido Sebastian, y, aunque Manuel habia renunciado á vengar la muerte de su hermano, aunque tácitamente habia perdonado al asesino y cada dia rogaba por él, vivia, sin saberlo él, en el fondo de su corazon un sentimiento de repugnancia y horror que le tenia plantado en aquel momento en el dintel de la puerta de su cuarto, oyendo por una parte el sonido de la campana que proclama la desgracia de su enemigo, y por otra una voz más fuerte que le gritaba en el fondo de su alma: «¿Se vengó acaso Jesucristo?» Á quién tuvo odio? ¿No rogó por sus verdugos?

—¡Voy, Señor, exclamó Manuel en alta voz; y os ofrezco por mi hijo el peligro que voy á correr!

Salió precipitadamente de casa, seguido de sus mozos de labranza, que se habian levantado al tañido de la campana.

En pocos minutos llegaron al teatro del incendio, en donde fueron de los primeros en pre-

sentarse. Todos los bajos estaban ardiendo, y el taller, lleno de gruesas piezas de madera, proporcionaba á las llamas abundante pasto. Mateo, arrancado de improviso al sueño, medio desnudo, miraba temblando con ojos espantados las lenguas de fuego que devoraban su habitacion; algunos vecinos caritivos se llevaban á sus casas á su mujer é hijos, mientras otros arrastraban una bomba que arrojaba chorros de agua sobre el foco del incendio. Manuel trabajaba con ardor y dirigia con inteligencia las operaciones, cuando oyó cerca de él un grito desgarrador. Era la mujer de Mateo, que acababa de volver al lado de su marido, y le preguntaba con el acento de la desesperacion:

«¿Y Clara, dónde está mi Clara? ¿dónde la has dejado que yo no la encuentro?»

—¡Gran Dios! exclamó Mateo; se ha quedado en la parte de atrás!»

Estas palabras llenaron de horror á todos los presentes; porque para llegar al segundo cuerpo del edificio, se habia de pasar necesariamente por el taller, cuyas vigas y techos consumidos por las llamas iban á desplomarse de un momento á otro. Nadie se atrevia á acometer tan temeraria empresa; todos retrocedieron, hasta el padre de la niña, á pesar de las súplicas de la madre que en su desesperacion se mesaba los cabellos y daba lastimeros gritos. De repente sale un hombre de entre el grupo de los trabajadores, atraviesa como una sombra la sala que está ardiendo por sus cuatro costados.... óyesele hundir la puerta que conduce á la parte de atrás, y entonces gemidos de niño vienen á juntarse al siniestro chisporretear de las llamas... Todos los corazones latian... por segunda vez aquel hombre atravesó el taller semejante á un horno encendido... llevaba en los brazos una criatura que parecia querer proteger contra las llamas, inclinándose sobre ella y cubriéndola el rostro con sus manos; y dirigiéndose á Mateo, le puso la niña en sus brazos..... Mateo, que estaba casi fuera de sí de dolor y espanto, exclamó:

—«¿Sebastian!.... ¿eres tú?»

—¡No, su hermano!

Y al pronunciar estas palabras con voz débil, Manuel se bamboleó un instante y cayó desmayado. Hubo necesidad de llevarle á su casa. Mateo siguió á su mujer á casa de los vecinos, repitiendo con acento sombrío: «¡Es singular! ¡se le parecia!»

(Se concluirá.)

M. MATILDE BOURDON.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Angelina de Aguilar á Fabian de Ossorio.

CONVENTO DEL SAGRADO CORAZON.

No sé, amigo mio, si esta carta llegará á tus manos: no se tampoco si te volveré á ver, ó si al fin sola y abandonada de todos, acabaré mis dias en esta santa casa, á donde me han traído sin yo solicitarlo ni poder impedirlo.

Oh! soy muy desgraciada!

¿De qué ha servido que tú, amigo mio, hayas despertado las facultades de mi alma, hayas dicho á mi inteligencia, comprende, y siente y mi corazon?

¿De qué ha servido, ¡ay! solo he podido comprender que existe el mal, y si mi corazon capaz de amar y dispuesto á abrirse á los mas dulces sentimientos, se ha tenido que replegar en sí mismo, temblando y rechazado de todos los que debian prestarle asilo?

Mas me valiera, Fabian, mas me valiera no saber que tenia padre y hermana, si estos lejos de amarme y protegerme como tales, me persiguen, me acosan, se tornan en mis enemigos.

Oh! si tú estuvieras aquí me defenderias, rechazarias esta villana acusacion: porque ¿tú no la darias crédito, es verdad? ¿tú no podrias suponer que yo daba cita á un hombre, que trataba de amores con un desconocido cuyo nombre ignoro, y que estaba dispuesta á huir de aquí entregándole mi porvenir?

¡Y sin embargo! de todo esto me acusan, de todo esto me creen capaz!

Yo estaba tranquila, aun que triste por tu ausencia, pues ¿á que negártelo? cuando te has ausentado he sentido un vacío terrible en derredor.

Jamás pensaba en lo que iba á pasar, y solo cuando mi buena Susana estaba á mi lado, me sentia feliz, porque hablabamos de tí!

Hoy tampoco esto me queda!

Estoy en el convento del Sagrado Corazon, y sin duda mi padre á dado órdenes tan severas que á nadie puedo ver ni hablar con nadie que transmita noticias mías fuera de aquí.

En vano he suplicado que me dejen escribir á Susana, que me dejen verla.

El mandato de mi padre es terminante! solo con él ó con Valeria me puedo comunicar.

Por otra parte, todos creo que ignoran el lugar en que me hallo.

Hace diez días que después de una escena inexplicable entre mi padre, Valeria y yo, me ordenaron subir al carruaje sin que pudiera calcular donde iba.

Yo juzgué que se trataba del paseo ordinario, y salí sin replicar.

Después de algunos instantes de marcha, mi padre dió orden de detenerse al cochero, tomó uno de alquiler, y después que subimos á él, mandó á nuestros criados que volvieran á casa.

Entonces comprendí que se trataba de llevarme mas lejos, tuve miedo, sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas, pero las oculté y guardé silencio.

El camino fué triste: mi padre iba contrariado, mi hermana callada, ninguno de los dos parecía tener lástima de mí.

Media hora después nos detuvimos á las puertas de esta santa morada.

Mi padre bajó primero, y nos hizo esperarle largo rato.

Después volvió y mandó que bajásemos ambas.

—¿Qué hay? le preguntó Valeria sin cuidarse de mí, y con un afán mal contenido.

—Puede quedarse, respondió lacónicamente.

—Ha dicho V?... añadió ella.

—Todo! murmuró él con voz breve.

Y sin añadir una palabra mas, nos hizo seguir adelante precediéndonos en el camino.

Penetramos en un sombrío espacio y la puerta se cerró cuando cruzamos su dintel.

No sé por qué parecía que el ruido que hizo era el adiós que para siempre me daban las dos personas que mas amo en el mundo, Susana y tú, amigo mio.

En el recibimiento nos esperaba una señora anciana, muy anciana, en cuyo semblante se reflejaba la bondad y la virtud, envolviéndola como en una nube de pureza, las blancas tocas que ceñían su frente.

Habló á mi padre con dulzura, trató á mi hermana con afabilidad, pero al dirigirse á mí, sus cejas se fruncieron y en su mirada se reflejó una expresión de lástima ó disgusto que me hicieron bajar los ojos avergonzada y ofendida.

¿Qué es lo que mi padre la había dicho de mí? Oh! muy malo debía ser para que aquella serena frente se contrajese en mi presencia.

—¿Es esta la joven que vá V. á confiarme? preguntó á mi padre.

—Esta es mi hija, señora, con la cual ruego se sigan en un todo las órdenes que acabo de indicar.

—Así será! dijo la religiosa: aquí encontrará todo el amor, todo el cuidado que hallaría en el seno de la mas amorosa familia, pero todo el rigor, toda la vigilancia que V. desea.

Las lágrimas acudieron á mis ojos al escuchar estas palabras, ¡ay! ¿qué era lo que me esperaba allí?

Mi padre y mi hermana se dispusieron á salir.

Por un instante tuve intención de arrojarme á sus brazos y pedirles que tuviesen piedad de mí, pero después y encontrándome fuerte con mi inocencia, me sobrepuse á aquel momento de debilidad y esperé confiando en Dios.

Ni una palabra, ni una mirada de ternura me dirigieron al alejarse: sus corazones están heridos, son de marmol, para mí!

Al quedarme sola me condujeron á la celda que debía ocupar.

Si mi alma no se hallase tan entristecida y tan intranquila por la conducta de los míos; si no existieras en el mundo tú; tú que llenas mi pensamiento y sin cuya presencia y cuyo acento parece que todo está muerto á mi alrededor, tal vez en este santo asilo tan lleno de calma y magestad, tan lejos de las miserias y las agitaciones de la vida me sentiria feliz, pediria á el amor divinolas alegrías y las expansiones que el mundo me niega; buscaria entre estas santas religiosas una familia, ya que la mia me rechaza. Pero ¿y tú, Fabian? tú á quien debo tanto? tú á quien he prometido esperar, antes de fijar mi porvenir?

Oh! aguardaré pues! aguardaré resignada y escudada ahora bajo el árbol santo de la cruz, á cuyo amparo han venido á ponerme.

Por fortuna me dejan estar sola en mi celda, me dejan orar libremente, y tengo tintero y papel para ir estampando en él mis impresiones, y para hacer una especie de diario, por si alguna vez encuentro medio de hacerle llegar á tus manos.

Por ahora esto es imposible.

Tú estás lejos, y todas las personas que me rodean tienen orden de no dejar que me comunique con nadie.

Vivo libre en mis acciones, pero rigurosamente vigilada, y aislada enteramente tras estos muros, que son una valla inespugnable entre el mundo y yo.

Solo mi alma se comunica con la tuya por medio de los recuerdos y por medio de la oración.

En ella le pido á Dios por tí siempre y le ruego que una casualidad cualquiera te haga conocer el lugar en que me hallo. También le suplico sobre todo, que la calumnia que han arrojado so-

bre mi frente no llegue á tí. Oh! si tu dudaras un momento de mi inocencia y mi lealtad, este claustro seria mi tumba.

Adios: todos los dias te escribiré y guardaré con el mayor cuidado mis cartas para poder probarte con ellas algun dia que soy digna de tu afecto y que pienso en tí.

ANGELINA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL CAUTIVO DE ARGEL.

El sol se esconde en el mar
Entre ondas cristalinas
Y aun quiere amante enviar
Su moribundo mirar
Á las playas argelinas.

Mueve el viento las palmeras,
Dejando oir leves notas
De músicas placenteras
Y el aire cruzan ligeras
Las nevadas gaviotas.

Allá se vé en lontananza,
Salvando arroyos y riscos
En corceles de pujanza,
La fiera taifa, que avanza
De ginetes berberiscos.

Y en prision de sombras llena
Modula canto expresivo
De melancólica pena,
Al compás de la cadena
Un castellano cautivo.

Y cuando acuerda en su son
La pátria que el Tajo baña,
Un rugido de leon
Se levanta en la prision
De los esclavos de España.

Entonces deja el cantar
Y no sé que historias cuenta
Á los hijos del pesar,
Que en aquel triste lugar
Alegre risa revienta.

Y tiene tanta dulzura
De aquel cautivo el acento,
Que el aura, que en la espesura
Entre palmeras murmura,
Viene á escucharle de intento.

Y cuando los mares pliega,
Convertida en blanda brisa,
Al par que con ellos juega,
Dulces chistes les allega,
Que al cautivo oyó con risa.

Y el mar que en su turbio seno
Guarda con orgullo ufano,
Cual talisman el mas bueno,
De aquel cautivo sereno
Una desdichada mano.

Adurmiéndose en la playa
Escucha con dulce encanto
Al céfiro que desmaya
Y un himno épico ensaya
Al tullido de Lepanto.

Que el que en la prision oscura
Tiene por lecho una piedra,
Un dia á la edad futura
Con gloria oirá que murmura
Miguel Cervantes Saavedra.

Que si con su heroica Iliada
Homero admiró á la historia,
Cervantes en marcha osada
Con su eterna careajada
Llegó al cenit de la gloria.

Por eso el mar que le és fiel,
Hoy dá la gloria por dote,
Ondas rizando en tropel,
Al triste esclavo de Argel,
Al claro autor del Quijote.

F. J. C.

LA FLOR DEL CIELO.

NOVELA ORIGINAL.

(CONTINUACION.)

Margarita dejó su asiento, se apoyó temblando en el brazo de Alberto y se dispuso á salir de aquella casa que encerraba su última felicidad.

Al cruzar el dintel de aquella puerta creyó escuchar el eco de un suspiro contenido, se detuvo estremecida, miró en derredor y oprimió con fuerza el brazo de Alberto.

Este que nada habia notado, la preguntó en voz muy baja.

—Que tienes? te sientes peor?

—Oh! no es nada! me pareció escuchar... si al menos hubiese podido verla!

—Apresuremos el paso, ha sido una imprudencia el haber venido.

Y la arrastró consigo desapareciendo con ella á lo largo del corredor.

Cuando ya se perdió en la distancia el leve ruido de sus pasos, una figura blanca y ligera como un claro rayo de luz, se deslizó de entre el portier de terciopelo en que estaba envuelta penetrando rápidamente en la habitacion de Alberto.

Era Marina.

Sus frescas mejillas habian perdido las rosas que las engalanaban y sobre su trasparente palidez resbalaba una ardiente lágrima.

Se adelantó ligeramente por el aposento y tomó de la mesa la tarjeta que Margarita habia puesto en ella un momento antes.

La guardó con precipitacion en su seno y salió con la misma prisa con que habia llegado hasta allí.

En la tarde de aquel mismo dia, sola y con aspecto triste y abatido, se hallaba Margarita en el aposento regularmente amueblado de una modesta fonda, á donde, en su total aislamiento en la Corte, se habia tenido que alojar.

Vestida de negro como siempre, y con sus hermosos cabellos sencillamente peinados, estaba bella aun, á pesar de que sus mejillas se asemejaban á la nieve, y sus ojos á una noche sin luz.

De pie á su lado y mirándola con respeto y amor, se encontraba un hombre anciano, de aspecto sencillo, pero bondadoso y simpático.

Aquel hombre se llamaba José, y era, hacia muchos años un criado fiel y adicto de Margarita.

De jóven habia servido á su padre, habia vivido en su casa, comido su pan, é identificado su existencia con la existencia de sus señores.

Casi podia decirse que habia visto nacer á la jóven, pues mil veces de niña la habia llevado en sus brazos, habia cedido á sus caprichos, y habia compartido sus juegos, con una bondad que manifestaba el amor que sentia por ella.

Despues, cuando los padres de Margarita, murieron; cuando ella quedó sola y la desgracia marcó su frente, lloró á su lado y no la abandonó, aun que limitándose á obedecerla y á compadecerla en silencio.

Sin su humilde condicion de criado, sin el respeto que le inspiraba todo aquello que se relacionaba con su señora, José, quizá, hubiera castigado la infamia de Alberto, y reclamado de él por la fuerza el nombre y la posicion que á Margarita correspondia.

Pero ella le habia ordenado callar, y José callaba!

El pobre anciano sin embargo no tenia mas ídolo que aquella jóven á quien habia visto crecer, vivir y languidecer bajo el peso de un infortunio cruel, y por verla dichosa hubiera dado la mitad de su vida, y toda su ventura en este mundo.

Él sabia el objeto de aquel viaje, sabia la entrevista de Margarita con Alberto, pero ignoraba su resultado.

Y con todo, estaba allí, á su lado, y no se atrevia á hacerle una pregunta, ni á turbar su meditacion.

La jóven habia permanecido pensativa y callada mucho tiempo, hasta que al fin levantando la frente murmuró reparando en José.

—¡Ah! estabas ahí? no te habia visto.

—Sí, señorita, aquí estaba por si queria V. darme algunas órdenes.

—No... ya sabes que aquí nada tenemos que hacer, no es como en nuestra casa, en nuestra aldea, donde tantas obligaciones pesan sobre tí.

—Sin embargo ¡cuanto deseo volver allá! aquí está V. mas agitada, está peor, y como su salud es delicada...

La voz del anciano al pronunciar estas palabras eran tan opaca y tan sentida que Margarita no pudo menos de mirarle y de responderle con tierna expresion.

—Gracias, José, gracias por tu interés.

Despues de un instante de pausa,

—Tienes razon, añadió: aquí me siento mal, pero era preciso venir! sí; yo no puedo sufrir más esta dolorosa separacion; no ver á mi hija! oh! yo no podia soportar este tormento; desde

que estoy enferma me parece que la amo mas, y que ella es una parte de mi ser que me falta y sin la cual me siento morir.

—Oh! yo tambien anhelo encontrarla! si ella estuviera á nuestro lado la casa estaria más animada, V. mas alegre... quizá el gozo desterraria esa enfermedad que la soledad y los pesares han causado. Oh! yo creo que la felicidad entraria con ella en nuestro hogar! las niñas... porque la señorita Marina es una niña, todo lo embellecen y lo alegran; seria yo tan dichoso en trabajar y servir las á las dos!

José se habia animado: en su leal mirada se reflejaba el placer que estos pensamientos deramaban en su alma.

Despues y conteniéndose de repente,

—Pero ¿podrá esto ser? murmuró con pesar: ¿permitirá el señor Baron que venga ella con nosotros?

—Mucho temo que no! respondió Margarita tristemente.

—Segun eso se ha negado á sus ruegos de V.

—No de un modo absoluto: y sin embargo le he dicho que temia morir!

—Y... ¿qué vá V. á hacer?

—No lo sé, mi buen José! es tan dolorosa la alternativa en que me veo!

—Sí mucho! pero...

—Sin pruebas en mi favor, sin medios de acreditar mis derechos, no tengo mas recurso que someterme á la voluntad de Alberto; y si él desoye mi súplica... ay de mí! ¿qué voy á hacer?

José apretó los puños con ira, y en su interior maldijo su impotencia para remediar aquella desgracia.

—Si yo fuera rica, si mis padres me hubieran legado una fortuna, con que poder poner á mi hija á cubierto de la miseria, nada me importaria romper este misterio, añadió Margarita: pero ¡ay! cual seria su porvenir si Alberto la abandonase? No, no: esto esto es imposible, y aun que yo muera de dolor debo evitarlo.

—Pero V...

—Que importa mi vida ante su desgracia?

—Y está resuelto?...

—Aun nó: hoy le espero para saber su determinacion.

En aquel momento llamaron á la puerta de la estancia.

José se apresuró á abrir, salió á la antesala, y franqueó la entrada, quedándose fuera, despues de anunciar al que llegaba.

Este era Alberto.

Alberto que despues de una noche de duda y agitacion: una noche de lucha entre sus buenos

sentimientos, y su orgullo, y su vanidad: estas últimas habian triunfado, y venia á anunciar á Margarita su firme resolucion de que su matrimonio quedase secreto, no solo para el mundo si no tambien para Marina.

El dia anterior, sorprendido por la presencia de aquella pobre mujer, conmovido un tanto ante su aspecto, se habia mostrado vacilante, y no habia tenido valor de pronunciar su última palabra.

Pero las horas pasadas le habian dejado tiempo de reflexionar; de pensar el asombro y la extrañeza que aquella noticia iba á producir en los círculos aristocráticos donde pasaba por un D. Juan; del ridículo que iba á caer sobre él, burlador constante de los mas santos lazos, si se divulgaba, no solo que habia inclinado su cerviz al yugo del matrimonio, sino que estaba ligado á una mujer pobre, si mas títulos que su hermosura y sus sufrimientos y su virtud.

Por otra parte, y descubriendo el secreto solo á Marina, la noble niña le encontraria culpable de la desgracia de su madre y le pediria con todo el afan de su corazon un nombre, un lugar en el mundo para aquella infeliz á quien todo se lo habia arrebatado.

El Baron juzgó todo esto imposible, y venia decidido á negar á Margarita todo lo que el dia anterior habia ella venido á pedirle.

Todas las ventajas estaban de su parte; no habia prueba ninguna: ¡estas solo existian en la conciencia, y Alberto se proponia no escuchar la voz de la suya!

En cuanto á Margarita estaba seguro de que le obedeceria, ¿que madre no se sacrifica por el porvenir de su hija?

Penetró pues en la estancia, frio, sereno, y saludó á la jóven con aire de superioridad.

—Ya ves que me he apresurado á venir, la dijo, y que no he querido que pasen las primeras horas de la tarde sin traerte una respuesta.

—Gracias! murmuró Margarita animada por estas palabras.

—Tú quizá no me esperarías tan pronto.

—Sí, te aguardaba porque he creido notar que te compadecias de mí!

—Yo...

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Ya lo comprendo, dijo la Marquesa, él prevalido de su posición no se ocuparía en faena alguna, y querría...

—Todo lo contrario, señora: era el primero en dar el ejemplo.

—Entonces...

—Era demasiado severo en el cumplimiento del deber y esto nos tenía á todos dados al traste.

Sin embargo no podíamos menos de conocer que era la honradez y la rectitud misma, y á pesar de la envidia que nos causaba el verle tan querido del amo, nadie podía decir una palabra en contra suya. Llegó en fin el caso de que D. Damian se puso enfermo, y un día sin decir nada á nadie, llamó al escribano é hizo un testamento que guardó en un gran armario que había en su despacho.

En aquel testamento nombraba á Lorenzo su heredero, premiando así la lealtad con que le había servido.

La noticia del mal de D. Damian se extendió por el pueblo, asegurando todos que no tenía remedio.

Sin embargo todavía sus órdenes eran leyes para Lorenzo, y cumpliéndolas tuvo que salir del pueblo por algunos días, á no sé que negocios de interés para el anciano.

Durante la ausencia del joven, D. Damian se empeoró de tal modo que su muerte se creyó próxima.

Entonces todos los que antes le habían rechazado se personificaron en aquella casa, haciendo valer los derechos del parentesco que antes habían desconocido.

La pobre Dolores sola y acobardada por tantos, no sabía que hacer, y apenas se atrevía á hablar una palabra.

Ya hacia seis días que Lorenzo había marchado, y tres que el anciano se hallaba casi en la agonía.

En un momento en que su frente se despejó un poco, llamó á Dolores, pidió papel y tintero y la mandó cerrar las puertas de su aposento.

Sin duda escribió algo que entregó á la joven, pues con nadie más que con ella quiso hablar en aquel día.

Los que se creían herederos legítimos, tenían la sospecha de aquel testamento que les hacía perder aquel caudal con que habían soñado.

Dos sobrinos de D. Damian, los mas inmediatos de sus parientes, me llamaron y con algunas promesas y buenas palabras lograron interesarme en su favor.

—Ha! exclamó la Marquesa, empezando á vislumbrar algo grave en la confidencia del señor Nicolás.

—Yo, continuó este, con acento menos seguro: yo me hice amigo de aquellos hombres y no tuve inconveniente en decirles todo lo que sabía; esto es, que había venido un escribano hacia algun tiempo y que se había encerrado con D. Damian en su despacho, sospechando por algunas frases que yo les había oído al salir que se trataba de algo en favor de Lorenzo.

Ellos me prometieron sacarme de la pobreza si conseguían la herencia, y yo... yo les ofrecí ayudarles á ello.

—V.¿ exclamó la anciana señora.

—Sí: he prometido... digo mal, he resuelto decir la verdad á V. E. y no quiero ocultar nada!

—Yo le doy gracias: prosiga V.

—El enfermo había perdido el habla y el conocimiento. Era la media noche. Los otros parientes que habían acudido los días anteriores, se habían retirado desanimados de poder conseguir nada del anciano.

Dolores gemía en silencio.

Era la única que lloraba allí.

Por lo demás, nadie había en la casa pues yo era el único criado que dormía en ella.

De pronto uno de los hermanos se acercó á mí y me dijo:

—La muerte de mi tío es ya segura: está en la agonía y no saldrá de la noche, es preciso alejar de allí á esa mujer y registrar despues toda la casa.

—Bueno, le contesté, hagan Vds. lo que quieran.

En seguida y valiéndose de la fuerza casi, sacaron á la pobre Dolores de la alcoba del enfermo, conduciéndola á su habitación: allí la dejaron, mandándola que no saliese, y empezaron á abrir cómodas y armarios para buscar el testamento que era todo su afán.

En vano Dolores rogó que la permitiesen velar aun al lado de su bienhechor; no la escucharon, y sin respeto á la muerte ni á la noche, ni á las sombras, siguieron en su obra con un anhelo indecible.

Entre tanto el pobre anciano exalaba el último aliento, solo y abandonado, ellos en su deseo insensato, todo lo tiraban, lo inspeccionaban todo, mientras á mí me habían dado el encargo de vigilar á Dolores para que no viera aquel destrozo,

La desgraciada sin embargo no pudo resistir al deseo de correr al lado del moribundo y á pesar de mis amenazas hizo un esfuerzo violento, y desprendiéndose de mis manos corrió á la alcoba de D. Damian, jسته acababa de morir en aquel instante!

Al grito de angustia que se escapó de los labios de Dolores al mirar el cadáver, respondió otro grito de gozo. Los sobrinos del muerto acababan de encontrar el testamento de aquel, y se preparaban á destruirle con una alegría insensata.

Dolores sin sospechar la verdad corrió hacia ellos dando lamentos, pero al verla, creyeron que iba á arrebatárselos su tesoro.

—Quema pronto ese testamento, decía uno de los hermanos, mientras descargaba un golpe en la cabeza de Dolores que la hizo caer al suelo sin sentido, quémallo pronto.

Así se hizo en efecto.

De aquel papel solo quedaron las cenizas!

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.